

IMAGINARIO Y DISCURSO: LA AMAZONÍA

Ana Pizarro

Universidad de Santiago de Chile

Los latinoamericanistas hemos trabajado en direcciones diferentes a lo largo del siglo XX, en que los estudios sobre la zona cultural latinoamericana adquirieron su perfil y fueron definiendo su objeto. Durante la segunda mitad del siglo XX y fundamentalmente a partir de los años setenta, se comenzó con lentitud a trabajar en base a la percepción de la diversidad del continente, centrada en algunas áreas que pluralizan su perfil internamente, por una parte en matrices culturales distintas, por otra en función de la evolución histórica de éstas.

Es así como se ha observado el área andina y mesoamericana, se ha delineado el área sudatlántica, en los últimos decenios se ha avanzado en el conocimiento del área Caribe, así como se comienza a incorporar al conjunto latinoamericano el espacio cultural brasileño. El proceso de la dislocación territorial que se vivió a fines del siglo XX generó esta nueva área de estudio que conocemos ubicada fuera del continente en relación a lo que se ha llamado “los latinos” (chicanos, nuyorricans, dominicanos, etc.). Existe no obstante un espacio cultural que prácticamente no ha sido considerado en los estudios de la cultura latinoamericana. Se trata del relativo a la Amazonía.

Durante mucho tiempo el peso de los más diversos mitos relativos a la barbarie impidió la emergencia de una mirada de tipo cultural, abarcante a sus diferentes dimensiones, sobre esta área. Por otra parte, aunque tempranamente reconocida como una unidad en el plano geofísico, su constante asedio geopolítico entorpeció el reconocimiento de su compleja unidad en el plano simbólico. En el mejor de los casos, y como testimonio de la ampliación de las perspectivas sobre lo cultural desde la etnología y la antropología, se despertó un interés por las formas de vida de sus poblaciones nativas. En las últimas décadas, tres factores han impulsado a renovar la mirada de lo cultural que se tiene sobre la región.

Por un lado, el surgimiento de una concepción amplia de cultura que la sitúa como un elemento estructural de la organización y

el desarrollo de las comunidades. Esto ha permitido ampliar la gama de sujetos culturales considerados, poniendo en evidencia a la región en su diversidad social y cultural y dando cuenta de los problemas de la modernización. Así, las actuales investigaciones nos muestran que la Amazonía no es sólo indígena, que los sujetos sociales son múltiples y que su imaginario da cuenta de la turbulenta historia del área.

El segundo factor de esta renovación vinculado al anterior, nace como respuesta a los impactos ambientales y sociales de los procesos de sobreexplotación de sus recursos naturales. Las contradicciones surgidas de la modernización a ultranza llevada a cabo en la zona, así como la necesidad de aprovechar estos recursos asegurando su perdurabilidad, favorecieron la emergencia de un amplio cuestionamiento respecto de las relaciones entre el hombre y el medio ambiente amazónico. Tempranamente en el siglo pasado se aceptó en la reflexión sobre la región la idea que el desarrollo tenía bases culturales y, antes que en otros lugares del mundo, las respuestas a este desafío se plantearon en términos de una ecología humana, como lo hizo el pensador amazónico Leandro Tocantins ya a comienzos de los años sesenta.

El tercer factor está precisamente ligado a la defensa de esta región ante la amenaza de interferencia externa que ha sido una constante en su historia. Esto explica la emergente constitución formal de un área de intereses comunes a partir de una suerte de "comunidad imaginada" de la región, pero de espacios y naciones amazónicas. Este se ha concretado en reuniones, comisiones y tratados internacionales, como el Tratado de Cooperación Amazónica con el propósito de forjar una posición armónica de la región en torno al desarrollo de ella. Como en todo proceso de integración, tiene aquí lugar un establecimiento de vínculos culturales, tanto en el plano simbólico como material, que en este caso está orientado a la construcción de vínculos identitarios panamazónicos. Es un proceso no exento de conflictos, donde se entrecruzan visiones e intereses divergentes sobre la Amazonía según se definan en función de una pertenencia nacional, internacional o transnacional.

En este contexto, y en una mirada que apunta a la apropiación identitaria de la región sobre sí misma, y de los latinoamericanos sobre un espacio que los conforma, las interrogantes que queremos plantear tienen que ver con los dispositivos estructurales que intervienen en la conformación de la Amazonía como una compleja unidad que no es solamente de tipo geofísico o ecológico, como en general ha sido visualizada, sino también cultural. Es decir, con los patrones que le otorgan, dentro de toda su riqueza y diversidad, una unidad y un espesor cultural propios, que tienen que ver con otras regiones del continente y, a la vez, se diferencian de ellas: aquellos que la constituyen en un área más de la diversificada unidad de América Latina, en su configuración heteronímica.

Por tanto, nuestra pregunta es la siguiente: ¿Cuáles son los elementos constitutivos de la articulación cultural que apunta a la unidad de la Amazonía? Una consideración amplia de lo cultural puede llegar a incorporar una variedad de elementos pero, sin excluirlos del todo de nuestra aproximación, nuestra inquietud se orienta más bien al plano de lo simbólico, al modo como se han construido y se construyen los imaginarios sobre el área.

En la Amazonía confluyen ocho estados soberanos: Brasil, Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia, Surinam, Guayana, más la Guyana Francesa –y las formas culturales comunes tienen que ver con la vida de sus poblaciones de veintitrés millones de personas, en uno de los territorios más vastos del continente que tiene como eje una red de aguas situadas en torno al río Amazonas y sus afluentes (éstos bajan desde los territorios andinos con las denominaciones de Napo, Ucayali, Putumayo, Urubamba, Madre de Dios y confluendo con el Mamoré, desde el sur, el Río Negro desde el Norte, van a desembocar en el Solimões, que luego toma el nombre de Amazonas). Se trata de una hoya hidrográfica enorme que ha generado históricamente formas diferentes de relación del hombre con la vida que significa también formas diferentes de producción en los imaginarios sociales. Múltiples lenguas indígenas, diferentes lenguas metropolitanas apuntan sin embargo a la constitución de un imaginario con articulaciones comunes. Estas articulaciones tienen que ver tradicionalmente con una vida en diálogo intenso con el medio ambiente. Allí el tiempo individual y social está regulado por el tiempo de las aguas, los ciclos del río, el período de la caza, la recolección, la pesca, la horticultura. Allí la subida y el descenso de los ríos regulan los hábitos alimenticios, la dislocación familiar, la organización del trabajo [Acevedo y Castro, 1998].

Se comparten formas de relación con el mundo en lo que se ha llamado “culturas de la selva tropical”. Es el caso, por ejemplo, de personajes tan vivos como el Curupira, el Boto, la Boiuba, o el mito compartido de la Cobra Grande, posible de encontrar en lenguas y en versiones diferentes: de quilombolas, ribereños, caboclos, tikunas o diferentes grupos indígenas. El que dio nacimiento, entre otros, al texto literario de Raúl Bopp *Cobra Norato*, a comienzos de siglo, en el Brasil. Un mundo de “encantarias”, con muchas expresiones.

La Amazonía es una construcción discursiva. Es nuestra tesis. No se ha llegado a ella sino a través de esta construcción. Es la historia de los discursos que la han ido constituyendo en diferentes momentos históricos y de los cuales hemos recibido parte de la información, fundamentalmente la que permite identificar el discurso externo sobre ella. Respecto de otros existen vestigios y seguramente con una metodología adecuada es posible reconstruir parte de ellos. Es el caso de la *Saga del tuxáua Buoopé y su amada*

Cucuí, relato de la cultura oral de los indios tariana, en que se narra, de acuerdo a la información de Márcio de Souza la conquista del norte amazónico por los arawaks [Souza, 1994: 18].

La Amazonía como espacio físico y humano, cultural, tenía elementos que actuaban como dispositivos simbólicos en el ocupante, gatillándole conexiones semióticas del imaginario, permitiéndole construir con lo que veía un universo mítico, que respondía a sus carencias, expectativas, necesidades físicas y espirituales. El resultado de ello fue la elaboración de textos con elementos en común cuyas relaciones representan las formas de los imaginarios de la sociedad europea en determinadas condiciones de existencia. Este discurso constituyó un corpus que surgía a partir de la interacción del nuevo ocupante: español, portugués, holandés, inglés, francés con el medio. No era un discurso inocente, venía cargado de un punto de vista, de una historia y de las necesidades de ésta. Cargado pues, de fantasías. Su efecto sobre el medio fue sin embargo determinante para lo que sería el futuro de este espacio geográfico y sus sociedades.

El período de la ocupación de la Amazonía, entre los siglos XV y fines del XVIII e incluso primera parte del XIX, está marcado por un fuerte discurso europeo. Primero están los “descubridores”, los ocupantes, luego los viajeros científicos. Entre los primeros está también el discurso misionero. El territorio es ocupado físicamente, pero se penetra apenas hacia el interior desde las orillas de los ríos, afluentes, de los igarapés. El territorio es inexpugnable, la selva es como una gran muralla, sobre la que se tejen multitud de historias. La Amazonía es ocupada sobre todo por la imaginación.

Aparecen allí varios nombres, los que representan numerosas expediciones que tienen lugar entre 1530 y 1668: Vicente Yáñez Pinzón, Pedro de Anzures, Gonzalo Pizarro, Francisco de Orellana, que ha permanecido como el gran descubridor. Pedro Teixeira, el primero en navegar el río desde el Atlántico en dirección a los Andes en el siglo XVII, dirigió una expedición de más de 9.000 kilómetros en canoa y a pie. Fue desde la desembocadura del río Amazonas hasta la cumbre de los Andes. Pedro de Urzúa, cuya expedición es tal vez la más conocida porque en ella va el personaje ya mítico por su fiereza como es Lope de Aguirre. Intentaron ocupar la zona colonizadores de distinto origen: alemanes como Ambrosio de Alfinger por el lado de Venezuela, George de Spires o Philip von Hutten, en el siglo XVI. Holandeses, cuyo papel será significativo en la cultura del norte del Brasil con el ilustrado Mauricio de Nassau a la cabeza, irlandeses, ingleses, cuyo representante es Sir Walter Raleigh en el siglo XVII con sus relatos sobre la Guayana y el Orinoco. Franceses que se instalan allí durante algunas décadas en lo que hoy es el estado de Marañón y que, como el frustrado intento de la creación de “la Francia Antártica” en el sur, de cuyo testimonio han quedado los documentos de Léry y Thévet, inten-

tan también la instauración de una “Francia Ecuatorial”. Tomaremos de ellos los relatos más significativos de los cronistas en los temas que nos interesa observar.

El marco en que se mueven los imaginarios del conquistador comienzan con lo que analiza Sergio Buarque de Holanda: la condición “paradisíaca” que se le atribuye a las Indias a partir de los viajes de Colón. El atractivo de las “terras incognitas” como un espacio dispuesto para el desarrollo de la fantasía, en donde se proyectarán los fantasmas cultivados por la Edad Media europea como sus expectativas, las tradiciones culturales del mundo renacentista revitalizando el imaginario de la antigüedad grecolatina, la convención literaria de los motivos edénicos, entre otros [Buarque de Holanda, 1992].

Es en este escenario que Gonzalo Pizarro comienza a pensar, a partir de informaciones obtenidas de las narraciones de algún viajero o de comentarios que aparecen entre la tropa y su contacto con los indígenas, en ir a la búsqueda de un lugar de riquezas posibles que sería el País de la Canela. Este se situó detrás de las grandes montañas, bajando desde Quito al río Napo. Orellana, su lugarteniente lo deja abandonado en el camino y emprende la travesía. Estamos en el año 1541. Quien escribe la crónica de este viaje, situada en el espíritu de la contrarreforma y de espíritu medieval, es el dominico Fray Gaspar de Carvajal, quien le pondrá el título de *Descubrimiento del Río de Orellana* [Carvajal, 1941].

Ahora la búsqueda del País de la Canela se ha transformado ya en la búsqueda de El Dorado. El relato de Carvajal remite al imaginario de los viajeros que Europa ha leído e incorporado: el de Prestes Joao, el de las áreas contiguas al Edén, el del Gran Khan, y en medio de hambre y batallas con los indígenas aparecerá la imagen de las mujeres guerreras, las Amazonas, a cuyo hábitat –cerca de la costa– se debía ir joven y se volvía viejo según los indígenas. Estas proyectarán su importancia en las diferentes narraciones de los cronistas posteriores dándole su nombre al “mar de agua dulce”, que luego de este viaje comenzará a llamarse Río de Orellana.

Esta crónica, que relata el descubrimiento español del Amazonas tiene como contrapartida aquella del jesuita Cristóbal de Acuña que, un siglo después, exactamente en 1641, relata el viaje que lleva a cabo Pedro Teixeira en un texto titulado *Nuevo descubrimiento del Gran Río de las Amazonas*. Se trata de una trayectoria en el sentido de la narración anterior. Teixeira había hecho la trayectoria en sentido inverso, desde Curupá, Gran Pará, en el Atlántico hasta Quito y su relato está en el texto de Alonso de Rojas.

El texto de Acuña sigue bastante de cerca al de Rojas. Parten el 16 de febrero de 1639 y llegan a Pará en diciembre del mismo año. Hay en este texto una voluntad informativa logística evidente –es la función que le dieron en Quito– así como un recuento de lo que

se ve en términos de valor-riqueza. Queda en evidencia allí la tensión por la hegemonía que está presente en las dos metrópolis ibéricas. El tono de Acuña es descriptivo y lírico, pero también concreto. Por una parte, y en los comienzos, cuando se refiere al río, la majestuosidad de su vista le hace pensar los grandes ríos históricos: el Ganges, el Nilo. Frente a éstos el río de las Amazonas “baña reinos más extensos, fertiliza más planicies. Es un caudal que sustenta la vida de más hombres así como aumenta con sus aguas a océanos más caudalosos [Acuña, 1994: 68-69].

Pero, por otra parte, el lirismo va dejando paso a la información detallada de tono preciso. El discurso toma entonces el tono de la ubicación geográfica: dónde y cómo recoge sus aguas, a qué altura, a cuantas leguas de su desembocadura se estrecha, cómo es variado en latitud y longitud. El discurso adquiere modalidad científica y literaria a la vez, pero cada vez el tono literario pierde terreno. Se trata de información útil para la navegación, información de logística militar. Luego es la descripción de la producción y las técnicas de trabajo sobre ella para su consumo y conservación. No se escapa la riqueza minera: oro y piedras preciosas, el inmenso tesoro que guarda Dios para enriquecer al gran Rey y Señor Felipe IV [Acuña, 1994: p.93]. Finalmente no se le escapa tampoco su función catequística. Son innumerables los grupos y las lenguas que hablan los naturales, más de ciento cincuenta de ellas, dice, y si les fuera dado saber del verdadero Creador del cielo y de la tierra abrazarían sin dificultad su santa ley.

En estas riquezas se deslizan, como otras de las realidades descritas, la figura de El Dorado, así como la presencia de las Amazonas. El Dorado ha impulsado otra expedición interesante: la de Urzúa, Guzmán y Lope de Aguirre, en 1560. Son personajes feroces, con una tripulación de bandidos, lo que hace que pronto se comiencen a generar problemas e insubordinaciones. En el transcurso del viaje, Lope de Aguirre da muerte a los demás y queda al mando de la expedición. Amenazado de muerte, mata a puñaladas a su hija para no entregarla a sus captores. En carta al soberano relata la peripecia, y contrariamente al caso de Acuña, la carta expresa el tono de una insubordinación magnífica.

La historia de esta expedición está narrada, entre otros, por Pedro Simón en la Primera parte de las noticias historiales de las conquistas de Tierra Firme en las Indias occidentales, publicada en 1627. Nos interesa de ella, además del motivo que los impulsa, la búsqueda de El Dorado, ese documento sorprendente que es la carta que Lope de Aguirre escribe al Rey de España. Documento tildado de megalomaniaco, nos parece sin embargo que es la expresión de un modo de ver e imaginar la Amazonía, los dominios de la Corona en general, y sus relaciones políticas.

Pero el espacio amazónico no fue construido imaginariamente sólo por los súbditos de las coronas de España y Portugal. Como

señalábamos antes, países que entraban en la contienda por el botín americano impulsaban a sus representantes a la aventura amazónica:

[Inglaterra] tiene otra heredad y la seguridad de riqueza y gloria en los viajes a las Indias Occidentales –escribe en su dedicatoria a personajes de la corte inglesa Sir Walter Raleigh–, y una entrada fácil para invadir las mejores partes de ella, por la vía común [Raleigh, 1980: p.27].

Estos textos son significativos de la construcción de la imagen occidental, que se internacionaliza a través de la difusión que adquieren estos relatos en Europa. El texto de Walter Raleigh de su viaje a la Guayana y el Orinoco –él no llega al río Amazonas–, fue traducido de inmediato al latín, lengua franca de la época, publicado en 1599 por Théodore de Bry y traducido al alemán, francés, holandés e italiano. El interés abierto por la aventura americana iba a hacer que el género tuviese un enorme éxito en los siglos XVIII y XIX como ha observado Ottmar Ette [Ette, 2001].

¿Cómo y por qué se construye este nuevo espacio cultural en el primer momento colonizador, esta imaginería fantástica sobre la Amazonía?

La interpelación a lo desconocido es un atractivo singular de todos los tiempos, más aún en un momento en que se trataba de espacios que se estaban abriendo paulatinamente. En esta interpelación no todo era desconocido, el relato de los viajes remitía a un mundo que ya estaba consignado en su fascinación, el de los viajeros conocidos, con sus topologías y bestiarios, su zoología fantástica y sus aventuras inauditas desde Pierre d'Ailly con su *Imago Mundi*, Mandeville o Marco Polo. No era sólo el placer de atisbar lo desconocido que hacía del relato de viajes un atractivo especial: era que en él se leía el intertexto, se reconocía a los personajes de otros viajes, de otras naturalezas inusitadas, otras zoologías, como los que aparecían en las *Etimologías* de San Isidoro de Sevilla que incluso estaban organizados en grupos: los *portentos*, los *ostentos*, los *monstruos* y los *prodigios*. El *iwaipanoma* de Sir Walter Raleigh, este personaje del que escribe, es un ejemplo:

Son llamados Ewaipanomas; se informa que tienen los ojos en los hombros, y la boca en la mitad del pecho y que una gran cola de pelo les crece hacia atrás entre los hombros [Raleigh, 1980: 161].

El viaje tenía el aura de un proceso iniciático, la travesía unía lo conocido y lo desconocido y el rito de pasaje eran pruebas frente a la monstruosidad del “mar tenebroso”: serpientes marinas, sirenas, escolopendras, sonidos, el estremecimiento de lo inesperado. El viajero al volver ya no era el mismo, señala Brosse. Sus ojos habían visto otras constelaciones, los pies traían el polvo de otras tierras, “está impregnado de lo desconocido y en el mito se ha convertido en un héroe”, afirma el investigador [Brosse, 1987].

Pero este trayecto tenía un preámbulo, y era el de los meses de espera y conjeturas que unía a quienes deambulaban por las cortes europeas buscando convencer de su proyecto, indagando documentos y archivos, gestionando allí la autorización y los fondos. Allí residía un semillero de formas de la imaginación que se unía a las expectativas, los acuerdos, las posibilidades.

Para el viajero, lo que espera ver y encontrar ya le ha sido dictado por sus lecturas, sus temores, sus fantasías, la información fantástica también obtenida en su medio. De algún modo encuentra lo que esperaba encontrar, se imagina lo que de algún modo ya tiene en la imaginación. De allí el imaginario de gigantes, enanos, la monstruosidad del cinocéfalos, del obispo de mar, los hombres con cola, los orejones.

La imagen de las Amazonas es una de las más sorprendentes para el lector en el texto inicial de la gran narración amazónica, el de Fray Gaspar de Carvajal. Poco a poco van apareciendo noticias de unas mujeres que los indígenas llaman “coniupuiaras”, también “icamiabas”. Como sabemos, ellas responden al modelo clásico, aunque se dice en algunos relatos que no tienen un pecho cortado. El personaje aparece en distintos textos y tiene una historia que merece un estudio específico. Lo cierto que es uno de los centros del imaginario sobre el área. También lo es el tema de El Dorado. Pero hay muchos más. Por ejemplo, lo que transmite Lope de Aguirre en sus cartas, que tiene que ver también con la expresión delirante de su modo de ver el mundo, es la imagen del caos. Esta imagen no es para nada ajena a la mirada europea. Brasil, en particular, es para la Iglesia un ejemplo del caos y por tanto un ámbito demoníaco, como lo ha estudiado Laura de Mello e Souza [Souza, 1993].

Así fue construyéndose la primera imagen de la Amazonía: espacio paradisíaco e infernal, poblado de seres aptos para su transformación en siervos de la Iglesia Católica, que habitan un espacio poblado de riquezas a considerar y de seres que pertenecen a una zoología fantástica. Un mundo endemoniado proclive a la locura. Es así como se construyó el primer discurso, ampliamente difundido a través de las crónicas, relaciones y escritos de viaje, formando parte de una literatura geográfica, estímulo para cualquier forma de la imaginación europea, fuese ella erótica, social o comercial.

A partir del siglo XVIII, los discursos sobre la Amazonía van a transformarse: empiezan a adquirir un carácter más racional. Los construirán hombres que pretenden no tener las convicciones absolutas de los viajeros tempranos del período colonial. Querrán abrirse al conocimiento de una realidad que necesita ser conocida. Para conocer es necesario poner en evidencia, describir, clasificar. Como señala Mary Louise Pratt, dos elementos juegan aquí un papel importante: en 1735 la publicación de *El sistema de la Ciencia* de Linneo, que significa un salto en el desarrollo del conocimiento

científico y la conciencia que Europa va adquiriendo respecto de éste. Se organiza a partir de esto una expedición científica de carácter europeo –en donde rivalizan Francia e Inglaterra– que intentaba determinar la forma exacta de la Tierra [Pratt, 1997].

Esta expedición viaja al Ecuador y logra ser aceptada en los dominios hispanos, celosos de sus instalaciones militares y su explotación minera. Viaja en ella La Condamine, cuyo texto expresa un modelo de discurso europeo, francés en el este caso, de la modernidad emergente a través de un género que tiene cada vez más interés en Europa como es el de la literatura de sobrevivencia, con sus temas de navegación, de peligros, de maravillas y curiosidades vistas. Su relato va entonces detallando las aventuras de la navegación, comenzando por el paso del famoso Pongo de Manseriche, con sus torbellinos de agua, la velocidad de ésta, y sus accidentes geográficos imponentes. La Condamine escenifica su relato, y la descripción adquiere tono de narrativa literaria. El narrador informa y construye un discurso en donde se produce un desligación del yo narrador al único espacio del informante. Como señala Ottmar Ette, lleva la estilización del yo al punto de convertirse en la única personalidad investigadora y da lugar así a un personaje literario que atraviesa el río Amazonas, en donde encuentra personajes míticos a cuya grandeza él se une.

La imagen que va entregando de su recorrido está regida por el pensamiento racional y científico. Sin embargo, este pensamiento de la modernidad es atravesado por la vacilación frente a elementos fantasiosos.

A pesar de no probar la “conjetura” respecto del Dorado en el lago Parima y la mítica ciudad de Manoa, a través del trayecto que realiza en su búsqueda, respecto de las Amazonas su lenguaje es menos drástico. Para lo primero, busca un asiento racional. Para lo segundo, la presencia de las Amazonas, piensa que tantas personas de tantos lugares diferentes han hablado de ellas que no pueden todas haberse equivocado: “si alguna vez ha podido haber Amazonas en el mundo ha tenido que ser en América, donde la vida errante de las mujeres, que siguen frecuentemente a sus maridos en la guerra y que no son muy dichosas en su vida doméstica, pudo hacer nacer en ellas esta idea” [La Condamine, 1941: 72]. Es decir, quita a la imagen de las Amazonas el halo fantasioso y las lleva a una imagen de liberación femenina. Es una curiosa manera de insertar la fantasía en una forma de racionalidad.

La Amazonía experimentó la segunda gran entrada de la modernización con los viajeros científicos: La Condamine, Wallace, Spruce, Humboldt –que no pudo entrar al Brasil. Con ellos la apetencia europea y luego, desde fines del XIX, norteamericana encontraron un terreno propicio a la imaginería del enriquecimiento.

Un tercer discurso construye a la Amazonía en el siglo XIX: es el complejo discurso de la explotación del caucho. Allí los imagina-

rios naufragan y los prejuicios de la modernidad se vuelven porosos, se tensionan y a veces explotan. Es el de quienes ponen en evidencia el horror que está en uno de los pilares del salto tecnológico de fines del siglo XIX y comienzos del XX: la extracción del caucho, la jeringa, el látex, que posibilitará las telas y los zapatos impermeables diseñados para la reciente vida urbana de los grandes centros metropolitanos. El discurso del caucho, definitorio de la historia amazónica, tiene en realidad varias voces simultáneas. Es un discurso que se construye en movimiento, en oposiciones, en el marco de situaciones aleatorias que lo complejizan y lo oscurecen, como es el de las diferencias geopolíticas y de delimitación de fronteras entre los países del área: Brasil, Colombia, Perú, Bolivia. Luego de tres siglos de expediciones amazónicas, el descubrimiento del caucho gatilla la necesidad de afianzar el dominio del territorio para mejor explotarlo. A la actividad misionera, así como a los intereses científicos de la “vanguardia capitalista”, se superponen ahora las actividades extractivistas y comerciales de las grandes compañías extranjeras

El gran Teatro Amazonas, con su recargada sofisticación y su deslumbrante magnificencia, situado en un punto urbano en medio de la selva, es hasta hoy la expresión vergonzante de un sistema esclavista que enriqueció a algunas familias y dejó inscritos en la ciudad los rastros de la opulencia así como de la destrucción propias del momento de la explotación del caucho en el período que se extiende desde 1880 a las primeras décadas del siglo XX en la Amazonía.

La sensualidad parisiense del siglo XIX que Toulouse Lautrec iba a immortalizar en sus *cocottes* para una imagen finisecular del París vividor, permanecería en el imaginario internacional como el gesto propio de esa ciudad, aunque no correspondiese sino a un barrio y a una época. Ella debe, curiosamente, no poco a la cultura amazónica. La primera fábrica de utensilios de caucho, de goma elástica, se había instalado en 1803 en París. Se trataba de una fábrica de suspensores y ligas. La elegancia parisina era en parte la expresión de un universo lejano del que ella ni siquiera sospechaba la existencia.

Como sabemos, la extracción de la goma hará posible, Goodyear mediante, la industria de los neumáticos imprescindibles del automóvil naciente, de la bicicleta, así como piezas del aeroplano, del paracaídas, del trasatlántico, figuras icónicas de comienzos del XX, del cambio tecnológico que ha construido nuevas relaciones del hombre con el tiempo, con el espacio, con la velocidad.

Para quienes disfrutaban del “París de los Trópicos”, como las elegantes mujeres abanicándose en la explanada del Teatro de Manaus, esta realidad era tal vez desconocida, o tal vez era mirada con despreocupación como el precio a pagar por traer la civilización al lugar más salvaje. Para sus maridos, los coroneles de bo-

rracha, se trataba de actuar, legitimándose a través de un discurso civilizador apoyado por los gobiernos, quienes llevaban adelante la colonización bajo el argumento del Estado-nación. Otra perspectiva es la de quienes percibieron el trabajo de las caucheras como intelectuales y elaboraron de esta experiencia textos de diferente registro: documentalismo, ensayo, ficción novelesca. La situación es absolutamente diferente para los trabajadores que extraían el caucho.

En este marco, los llamados “desbravadores”, los dueños del sistema extractivo, son caracterizados por Valdez Lozano, un biógrafo peruano contemporáneo de los hechos, como “hombres de empresa y de visión para el futuro (que) abrieron a la civilización” el espacio salvaje [Valdez Lozano, 1941]. La bandera de Occidente será la justificación de su barbarie, asentada en los principios de la Razón. Por eso se justifica la superioridad de Fitzcarraldo y es el argumento que esgrime el cauchero Julio Cesar Arana ante el Comité de Investigaciones de la Cámara de los Comunes, cuando lo acusan por maltrato y asesinato de indígenas y le siguen un largo proceso alrededor de 1912. En la defensa de Arana, Rey de Castro escribe al Cónsul de Inglaterra: “usted es, al cabo, un ejemplar más o menos auténtico de las razas superiores, y su rebajamiento nos afecta a todos”. La condición civilizadora va unida en la construcción del sujeto cauchero a la noción de Patria, cuya valoración está unida a su vez a un momento de construcción y afirmación de las naciones. Esto en un espacio en donde las fronteras están siendo demarcadas y en un momento de tensiones políticas con los países limítrofes. Civilización, Patria, Progreso. La tríada es representativa de la corriente de pensamiento positivista que preside gran parte del los siglos XIX y XX y da sustento a la forma de la modernidad latinoamericana en su versión amazónica.

Para Euclides da Cunha en *A margem da história* (1909), el medio, la naturaleza, entra como sujeto en el ensayo, con la densidad instauradora de un universo de fuerzas tectónicas. Él los observa con ojo científico, los analiza con emoción y envuelve al lector en el ritmo épico de las savias y los crecimientos. La Amazonía para él es presente, “Terra sem História”, inmensidad en donde la mirada “se abrevia nos sem fins daqueles horizontes vazios e indefinidos como o dos mares” y en donde el hombre “é ainda um intruso impertinente” [Da Cunha, 2003:34]. La lente científicista de Euclides, hijo del positivismo como sabemos y como queda en evidencia en la épica deslumbrante de *Os sertões*, interviene el lenguaje, que no pierde por ello la fuerza lírica:

[A Amazonía] Nasceu da última convulsão geogênica que sublevoou os Andes, e mal ultimou o seu processo evolutivo com as várzeas quaternárias que se estão formando e lhe preponderam na topografia instável [Da Cunha, 2003: 35-36].

Pero aquella naturaleza soberana y brutal, en plena expansión de sus energías, es una adversaria del hombre. Así, éste evidencia una carencia pecaminosa de atributos superiores, una falta sistemática de escrúpulos, un corazón débil para los errores, observa el brasileño. La naturaleza incide con su influencia climática –está hablando Euclides, el positivista– en su falta de voluntad y egoísmo, la superexcitación de las funciones psíquicas y sensuales, la debilidad de las facultades, comenzando por las más nobles.

El discurso del brasileño no tiene imaginaria previa: tiene principios con los que quiere medir la realidad y el resultado es un lenguaje que, siendo aparentemente denostador, humaniza la supuesta barbarie del trabajador del látex, tanto en su intento descriptivo del universo real y simbólico de ellos como en su denuncia. El seringueiro rudo, dice, no se rebela, no blasfema, no abusa de la bondad de su dios con peticiones. “E mais forte, é mais digno. Resignose á desdita. Nao murmura. Nao reza” [Da Cunha, 2003:118-119]. Tiene la convicción de que Dios no puede bajar, ensuciándose, en medio de aquellos matorrales.

Un segundo texto, *El proceso del Putumayo y sus secretos inauditos*, fue escrito por un joven abogado de 32 años, Carlos A. Valcárcel, y publicado en 1915, algún tiempo después de su escritura, por el acoso a que fue sometido.

Se trata de un relato que narra, denuncia y muestra los documentos de los juicios del Putumayo para dar instrumentos probatorios a su testimonio. Éste juicio se abre con motivo de las denuncias de un periodista peruano, Saldaña Roca, en Iquitos y en Lima. Ellas se refieren al trato y los crímenes cometidos por la empresa del peruano Julio Arana, en propiedades de los afluentes del río Putumayo. Allí denuncia el autor los delitos de estafa, robo, incendio, violación, estupro, envenenamiento y homicidio, agravados éstos con los más crueles tormentos, como el fuego, el agua, el látigo y las mutilaciones.

Sus denuncias no tuvieron demasiado efecto en un sistema dominado por el poder de Arana. Poco después, un estudiante norteamericano, Walt Hardenburg, luego de un viaje aventurero por la zona –“paraíso del demonio”, como la llamó–, publicó en Londres, sede de la compañía de Arana y por lo tanto con implicaciones en el asunto, su denuncia. El escándalo tomó entonces en 1909 un cariz internacional y el gobierno inglés se vio obligado a hacer una investigación, impulsado también por la Sociedad Antiesclavista y de Protección de los Aborígenes.

El texto de Valcárcel es poco conocido en el continente y también fuera de él (recién acaba de hacerse una reedición, felizmente, en la Colección Monumenta Amazónica). Esto tiene que ver, pensamos, con la secular estigmatización, por las culturas del altiplano, de la selva como lugar salvaje e impenetrable. Este estigma ya se hace patente en los *Comentarios reales* del Inca Garcilaso de la

Vega (1609), quien lo utiliza para delimitar la frontera civilización/barbarie que legitima al incario como precursor civilizador de la introducción de la nueva doctrina cristiana.

El tercer texto, el último que referiremos aquí, es conocido por todos: se trata de la novela *La vorágine*, del colombiano José Eustasio Rivera, de 1924. La narrativa de Rivera, también en Comisión de Límites, surge del conocimiento de las zonas fundamentalmente colombiana y venezolana. *La vorágine* ficcionaliza su experiencia con un curioso dejo de modernismo tardío que salpica el lenguaje narrativo con invocaciones de corte regionalista, con un protagonista que tiene una mezcla de malestar finisecular –el que enfrenta a la urbanización naciente– y más que decidir su vida es conducido por un destino que sólo le depara desgracias. Es así como se llega a encontrar en medio de los caucheros y el narrador da cuenta ficcionalmente de sus formas de vida en medio de la selva.

Esta novela ha sido tradicionalmente leída como un icono de la novela de la selva. Me parece que el centro constructor de lo ficcional tiene que ver con otra cosa, con la vida de violencia, injusticia y horror de los caucheros. La selva, en una magnífica construcción discursiva, tiene aquí un papel funcional a este centro. El héroe es un personaje romántico-modernista cuya actitud de vida es la insatisfacción. La estrategia narrativa entrega su narración como un diario de vida, un relato de su existencia en medio de la violencia del mundo del caucho, los caciques regionales y los capataces.

La fuerza monstruosa de la selva entregada en un marco expresionista –modulación que asume a menudo el relato– es como la de los caucheros que persiguen al protagonista. Y, en el marco de esta narración de evocación magnífica y monstruosa, la selva tiene una vida simbólica que funciona al compás de horror social. Con su lente también tocado por el positivismo, José Eustasio Rivera construye un discurso de la reivindicación que se articula con el de la selva en la paridad simbólica del peligro y el poder: “¡Los devoró la selva!”, ese final de efecto estremecedor que se cita a menudo, tiene en este marco, otras lecturas [Rivera,1985:203].

En este tercer discurso constructor de la Amazonía, el discurso del caucho, el imaginario no está preestablecido como en el discurso de los primeros colonizadores. Es un relato productor de nuevas imágenes que desconciertan y sacuden por su violencia. Los tres textos que anotamos están hechos en función productora de comunidad, son discursos, como decíamos, de construcción nacional y cada uno de los tres aboga por lo suyo: Colombia, Perú, Brasil. Sin embargo, al construir individualmente un relato de la nación, ellos están operando al mismo tiempo sobre un relato colectivo que construye un ámbito supranacional, el de la Amazonía, en un momento de su historia.

Hemos escuchado la voz de los caucheros, la de los intelectuales. ¿Cómo lograr escuchar la voz de los aviados, los trabajadores

del caucho? ¿Bajo qué formas se puede encontrar ese sujeto enunciante? Un incendio de los Archivos de los Tribunales de Iquitos hace algunos años terminó con documentos de denuncias, testimonios, juicios. Esa voz sin embargo sobrevive bajo otras formas. Primeramente, a través de algunos escasos testimonios publicados respecto de la situación en Venezuela, en donde el gran empresario del caucho fue el histórico Funes. En segundo lugar hemos podido entrevistar hijos de caucheros de origen huitoto, en la frontera de Perú y Colombia, una de las etnias más golpeadas por el período. Se trata ahora de un discurso oral que recogimos en una de las entradas a la zona:

Los Arana mandaban a su peón para que mate –cuenta Virginia, una mujer huitoto de unos 50 años–. Sufrida era la gente. Las mujeres trabajaban con su muchacho en las espaldas. Mi mamá con su dedo quebrado ha muerto porque no quería al hombre ella. Les daban a cualquier hombre [Puca Urquillo, 31/01/2005].

Finalmente, un tercer tipo de registro en donde se puede encontrar esta voz es en el universo mítico. El mito, en la medida en que es “memoria, reflexión, es simbolización y ciframiento”, anota el investigador colombiano Hugo Niño [1996: 114]. Tiene una dinámica que alberga “propiedades de coherencia memórica, de cohesión comunitaria, de información y de interpretación”. Se trata de un relato que se sostiene en diversos niveles, poniendo en evidencia y al mismo tiempo encubriendo. En el caso de la imaginería en torno al período que nos interesa, el mito tiene función de “código secreto”. Es posible así encontrar en algunos relatos de la comunidad huitoto relatos míticos encriptados que, bajo la función de relato en tanto universo imaginario, en tanto crónica de acontecimientos, los encubre. Es lo que estudia Hugo Niño en torno a las narrativas del ciclo llamado de Gitoma. “Algunos episodios –señala– constituyen la crónica secreta de las guerras del caucho en el siglo XIX, así como el Apocalipsis de la Casa Arana” [1996:id].

Los discursos del caucho constituyen, entonces, un espesor discursivo que entrega una imagen diferente de la Amazonía. Construyen una imagen que ha sido muy poco difundida. La tendencia a su invisibilización recién comienza a revertirse.

El nuevo y complejo discurso actual sobre el área amazónica se inicia en los años sesenta del siglo XX con la modernización llevada a cabo por los gobiernos militares en Brasil que reestructura la vida en el área.

Más allá de las manifestaciones del arte –y de la gran narrativa de Dalcídio Jurandir, Inglés de Souza o Milton Hatoum hoy–, ahora las voces de nuevos sujetos sociales se enfrentan a los daños que produce la gran empresa nacional y transnacional: la explotación del petróleo, la energía hidráulica, la industria maderera. Son

los ribereños, herederos de quilombos, grupos Sin Tierra, indígenas de diferentes etnias, garimpeiros, quebradoras de coco, trabajadores de los castañales, entre tantos otros. Estamos buscando sus voces. Hay sin embargo algo en común a todos ellos. Enfrentan sus violencias con un potente universo simbólico como no se percibe en otros lugares del continente. Es lo que permite hablar del carácter estético del imaginario popular amazónico, producto de la relación con el medio, de su relación con la vida, con el río, con la selva, en aislamiento y devaneo, como señala João de Jesús. Páes Loureiro. Mobiliza este imaginario, apunta el poeta e investigador, “um verdadeiro universo povoado de seres, signos, fatos, atitudes que podem implicar multiples possibilidades de análise e interpretação”, “um viver contemplativo em que predominam el linguagem e a expressao devaneantes como se seus habitantes caminassem entre o eterno e o cotidiano”. Es posible entonces hablar de una “poética del imaginario amazónico”, afirma, que se revela no solamente en las creaciones de los diversos campos del arte, sino que “estabelece a forma de uma ética da relação dos homens entre si e com a natureza”, una cultura gobernada por la función estética del imaginario [Paes Loureiro, 2000:36-37].

En la comunidad de Itancoa, cerca de Belém do Pará, sus habitantes, “remanescentes de quilombos” han vivido tradicionalmente en torno a un arenal en donde dialogan y conviven con las “encantarias”, personajes encantados que pueblan el arenal. Hace un año se comenzó a construir un puente cerca de Itancoa y la llegada de la modernización a ultranza es inminente. Hoy el grupo entero está viviendo con atracción y al mismo tiempo con inquietud el drama que se avecina: sienten y comentan que a los encantados esto no les gusta. Este año, en marzo, el arenal no se llenó de agua como siempre y lo encantados han comenzado a abandonarlos.

BIBLIOGRAFÍA:

- Acevedo, Rosa y Edna Castro. *Negros do Trombetas. Guardiaes de Matas e Rios*, 2ª ed. Belém do Pará: Editora Cejup, 1998.
- Acuña, Cristóbal de. *Novo descubrimento do Grande Rio das Amazonas*. Trad. Helena Ferreira. Río de Janeiro: Agir, 1994.
- Arana, Julio César. *Las Cuestiones del Putumayo*. Barcelona, 1913.
- Brosse, Jacques. “Le voyageur et sa quête”. *Le Courrier de l'Unesco* N°4, año 40, abril 1987.
- Buarque de Holanda, Sergio. *Visao do Paraíso*, 5ª ed. Sao Paulo: Brasiliense, 1992.
- Carvajal, Gaspar de, Alonso de Rojas y Cristóbal de Acuña. *Descobrimientos do Rio das Amazonas*. Traduzidos e anotados por C. De Melo-Leitao. Brasileira, Biblioteca Pedagógica Brasileira, Serie 2a, Vol 203. Sao Paulo: Companhia Editora Nacional, 1941.
- Da Cunha, Euclides. *Amazonia. Um paraíso perdido*. Manaus, Editora Valer. Governo do Estado do Amazonas. Editora da Universidade Federal do Amazonas, 2003.

- Ette, Otmar. *Literatura de viaje. De Humboldt a Baudrillard*. México: Colección Jornadas, Facultad de Filosofía y Letras UNAM - Servicio Alemán de Intercambio Académico, 2001.
- La Condamine, Charles Marie. *Relación abreviada de un viaje hecho por el interior de la América Meridional*. Versión castellana de Federico Ruiz Morcuende. Madrid: Espasa Calpe, 1941.
- Niño, Hugo. "Otra vez: la doble historia de las epopeyas míticas amazónicas". *Casa de las Américas* N° 204, julio-septiembre 1996.
- Rangel, Alberto. *Inferno Verde (Scenas e Scenarios do Amazonas)*. Tours: Typographia Arrault & Cia, 4ª Edição, 1927.
- Ordinaire, Olivier. *Del Pacífico al Atlántico y otros escritos*. Iquitos: Monumenta Amazónica, 1988.
- Paes Loureiro, Joao de Jesús. *Obras reunidas 4*, Sao Paulo, Editora Escrituras, 2000.
- Pratt, Mary Louise. *Ojos Imperiales. Literatura de viajes y transculturación*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes, 1997.
- Raleigh, sir Walter. *Las doradas colinas de Manoa*. Caracas: Centauro, 1980.
- Rivera, José Eustasio. *La Vorágine* (1924). Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1985
- Souza, Laura de Melo e. *Inferno Atlântico. Demonologia e colonização. Seculos XVI-XVIII*. Sao Paulo: Companhia das Letras, 1993.
- Souza, Márcio. *Breve história da Amazonia*. Sao Paulo: Marco Zero, 1994.
- Tocantins, Leandro. *Amazônia: natureza, homem e tempo. Uma planificação ecológica*. Río de Janeiro: Biblioteca do Exército Editora, 1982.
- Valcárcel, Carlos. *El proceso del Putumayo y sus secretos inauditos*. Lima: Imprenta "Comercial" de Horacio La Rosa & Co., 1915.
- Valdez Lozano, Zacarias. *El verdadero Fitzcarraldo ante la Historia*. Iquitos, 1944.